

Alicia —. ¡Me alegra tanto que se haya ido! ¡Creí que estaba anocheciendo!

—Si pudiera ponerme contenta — exclamó la reina —. ¡Pero no recuerdo la manera de hacerlo! Tú podrías ser muy feliz viviendo en el bosque y alegrándote cuando se te ocurriera.

—Pero es muy solitario — repuso Alicia con voz melancólica, y el recuerdo de su soledad hízole derramar dos gruesas lágrimas.

—¡Oh, no sigas! — rogóle la reina retorciéndose las manos con desesperación —. ¡Considero cuán excelente niña eres! ¡Considero la terrible caminata que has hecho! ¡Considero la hora que es! ¡Considéralo todo tú también, pero no llores!

Alicia no pudo menos que reírse, aun en medio de sus lágrimas, al oír estas palabras.

—¿Y tú puedes abstenerte de llorar considerando cosas?

—Eso es lo que debe hacerse — repuso la reina con decisión —. Nadie puede hacer dos cosas a la vez. Empecemos por considerar tu edad. ¿Cuántos años tienes?

—Tengo exactamente siete años y medio.

—Puedes ahorrarte lo de «exactamente». Puedo creerlo sin esa palabra. Ahora te diré algo que también puedes tú creer. Yo tengo, justos, ciento un años, cinco meses y un día.

—No puedo creerlo.

—¿No puedes? — lamentóse la reina con voz muy triste —. A ver, prueba otra vez. Respira fuerte y cierra los ojos.

Alicia comenzó a reír.

—No es costumbre hacer esas pruebas. No pueden creerse cosas imposibles.

—Yo más bien lo atribuyo a falta de práctica — con-

testóle la reina —. Cuando yo tengo los días media hora de ejercicio hasta seis cosas imposibles antes del chal! Se me escapa otra vez!

En efecto, se le había desprendido el chal, y un repentino golpe de viento del lado de un pequeño arroyo. La reina, con los brazos, voló en su persecución, y pidió ayuda ajena.

—¡Ya lo tengo! — exclamó la reina —. Ahora vas a ver como yo misma.

—¿Está mejor tu dedo, entonces? — preguntó Alicia con mucha cortesía, cruzando el arroyo.

* * *
* * *
* * *

—¡Oh, mucho mejor! — gritó la reina —. Ahora tu voz iba en aumento y era... ¡Me... ¡jor!! ¡¡¡Mejor!!!... ¡¡¡

La primera sílaba era tan exacta como la oveja que Alicia retrocedió asustada. La reina, quien repentinamente se había puesto de pie, se frotó los ojos y volvió a darse cuenta de lo que había pasado. ¿Era realmente una tienda? ¿Era realmente una oveja? Estaba sentado detrás del mostrador, se frotase los ojos cuanto quería, pero no veía nada delante... Hallábase, en efecto, detrás del mostrador, con los ojos cerrados, y, sentada en un sillón, una oveja estaba haciendo calceta; de cuanto...